

La vida en período de disciplina

(Lea Éxodo 2)

Un día recibí una carta:

Soy un hombre de 31 años, divorciado, aunque me opuse firmemente.

Me siento mal, porque no tengo esperanza para el futuro; a menudo regreso a casa después de la reunión de la iglesia y me pongo a llorar. No hay nadie que me aliente cuando lloro. A nadie le importa. Lo que más me duele es que le he suplicado a Dios que me dé gracia a fin de permanecer soltero para su gloria, y mantener mis ojos puestos en Jesús, pero todo continúa igual. Sigo fallando.

Emocionalmente me encuentro acorralado, o al borde de un colapso. Algo anda muy mal. Me siento tan incapaz y tan resentido que apenas puedo relacionarme con otros. *Siento que voy a tener que permanecer en período de disciplina el resto de mi vida.*

En disciplina; ¿alguna vez ha estado usted ahí? Uno quiere acercarse más a Dios, pero da la impresión de que

Él oculta su rostro. Uno trata de hallar algún propósito en su dolor, pero hay pocas respuestas, si es que las hay. La letra menuda de la voluntad de Dios, se vuelve más misteriosa, entre uno más se esfuerza por leerla.

Quizá es el resultado de una bancarrota inevitable, una mala costumbre que trajo problemas de salud, o una relación inmoral del pasado que sigue interponiéndose en el camino de su auténtico deseo de hacer las cosas bien. O quizá haya sido despedido injustamente. Cualquiera que sea la causa, usted siente que está en disciplina, así como se siente un deportista cuando tiene que permanecer fuera del juego por una infracción al reglamento, o por haber sido sorprendido en una conducta inapropiada.

Puede identificarse con Moisés. El vivió 40 años en la corte de Faraón, otros 40 guiando a los israelitas fuera de Egipto, pero lo que él no sabía era que esta segunda etapa de 40 años en disciplina, por homicidio, sería su campo de entrenamiento para cosas más grandes. Más adelante se acercaría a Dios, pero eso tomaría tiempo.

Esteban nos dice: *...fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras* (Hch. 7:22). Había estudiado matemáticas, astronomía, química y jeroglíficos. Como hijo de la hija de Faraón disfrutó su posición de celebridad, y tuvo todo el lujo que Egipto le podía ofrecer. F.B. Meyer especuló diciendo: "Si Moisés cabalgaba por las calles posiblemente iría con un séquito principesco, en medio de gritos tales como: 'Inclínense'. Si navegaba en el Nilo sería en una barcaza de oro escuchando los compases de una música delicada" (*Moisés*, Gran Rapids: Zondervan, 21).

Josefo dijo que cuando los etíopes invadieron a Egipto, Moisés fue puesto a cargo de las tropas reales, que venció al enemigo y que regresó con el botín de la victoria. Tal como lo dice Meyer, la crema de Egipto fue vertida en su vaso.

Pero aunque Moisés fue educado como egipcio seguía sintiéndose israelita. Cuando vio a su pueblo haciendo ladrillos bajo el sol ardiente, sintió que un profundo dolor lo sobrecogió. Este hijo del lujo y del buen gusto pudo haberse quedado en el palacio, sin embargo, optó por dar largas caminatas para inspeccionar lo que estaba sucediendo en los campos. El maltrato que se le daba a su pueblo lo hizo sentir profundamente agitado.

Sabía que estaba siendo llamado a ser su liberador. Su madre le había contado la forma como Dios lo había preservado dentro de una cesta en el Nilo. Aún más, sintió la obligación de liderar. No podía deshacerse de la idea de que su destino no era permanecer en el palacio, sino arriesgarse a liberar a su pueblo. No se debían desperdiciar los privilegios especiales que disfrutaba. Era un hombre afortunado.

Sencillamente Moisés pudo haber usado su influencia para convencer a Faraón de que disminuyera la persecución contra los hebreos. El tenía la posibilidad de argumentar que podía hacer más por su pueblo si permanecía en el palacio, que si se iba con ellos a los campos. Pero en su corazón palpaba el ardiente deseo de unirse a la condición en la cual vivían, en cuerpo, alma y espíritu. *Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón* (He. 11:24-26).

Apenas en este siglo los arqueólogos han desenterrado los tesoros de Egipto; ahora podemos entender mejor la riqueza y el lujo a los que renunció Moisés: Montones de oro, tesoros de arte, y una cantidad impresionante de joyas. Dejar el palacio y optar por irse al desierto fue un sacrificio sorprendente. Estuvo dispuesto a renunciar al honor y al respeto, a cambio del desprecio y el odio.

cuya voluntad ahora parecía tan oscura. Dios llegaría a ser el maestro de Moisés. Lejos de los lujosos adornos y el poder, Moisés sería transformado lentamente. Su corazón sería preparado para conocer al Todopoderoso, y posteriormente se acercaría a Él más de lo que cualquier hombre lo hubiera podido hacer en la tierra.

Dios usaría el desierto para enseñarle a Moisés lo que el palacio nunca le hubiera podido enseñar. Se educó en la corte del rey, pero su sabiduría y su carácter serían forjados en el desierto. Lo que Dios haría *en* Moisés mientras esperaba, sería tan importante como lo que haría *a través* de él cuando actuara.

Lo que para Moisés parecía el fin de una vida significativa, realmente era el inicio de la carrera de uno de los personajes más famosos de la historia. Posteriormente en el desierto, sería confrontado por el Dios de sus padres. Conocería al "Dios de la Segunda Oportunidad".

¿Qué pudo aprender Moisés en el desierto que no hubiera podido aprender en el palacio?

Lección sobre cómo ser un siervo

Tal vez Moisés nunca hubiera abrevado a las ovejas, pero ese día, sentado bajo el calor del sofocante sol en el desierto, tuvo la primera oportunidad de servir verdaderamente. Cuando las hijas del sacerdote de Madián llegaron al pozo, Moisés las protegió de los crueles pastores, y les ayudó a sacar el agua (Ex. 2:16-17). Aunque había sido educado para asumir responsabilidades de más prestigio, hizo lo que pudo por ayudar. Allí comenzaba a ocurrir el cambio.

Cuando Reuel, el padre de las jóvenes, les preguntó quién las había ayudado, ellas sólo dijeron que habían conocido a un egipcio. ...*Un varón egipcio nos defendió de mano de los pastores, y también nos sacó el agua, y dio de beber a las ovejas* (Ex. 2:19). No tenían ni idea de que

habían estado en presencia de la grandeza. El hombre que era reconocido instantáneamente en Egipto se había apartado para vivir en la oscuridad y la humillación. Fue invitado a la casa de Reuel y contrajo matrimonio con Séfora, una de las hijas del sacerdote, y de ahí en adelante fue pastor.

Ahora se encontraba muy lejos de Egipto, tanto social como geográficamente. Los egipcios menospreciaban a los pastores. Durante 40 años hizo lo que se le había enseñado a despreciar. Ahora, este muchacho sobresaliente, de fama y fortuna, desperdiciaba su vida haciendo lo que el esclavo más ignorante podía hacer. Nunca vivió satisfecho en el desierto; se sentía como pez fuera del agua. Su aptitud apuntaba en una dirección y sus responsabilidades en otra. Su educación parecía desperdiciada; siempre se consideraría un forastero, un paria, y por esta razón cuando su esposa le dio un hijo, le pusieron por nombre Gerson que significa Forastero.

Moisés esperaba quedarse en período de disciplina en Madián por el resto de su vida. Nadie estaría impresionado con sus referencias; no tenía nada que hacer, sino contemplar su error y reflexionar en lo mal que había sido tratado. En el desierto a nadie le importaba. Allí no había ascensos. En el mejor de los casos "ascendería" de un rebaño a otro.

Sin duda, durante los años en Egipto las madres les decían a sus hijos, señalando a Moisés: "Allá está Moisés... ¡sean como él!" Pero aquí nadie admiraba su educación o liderazgo. Sabía que las experiencias vividas en el palacio serían borradas de la historia egipcia. Estaba condenado a la oscuridad, y allí el aburrimiento tuvo sus efectos.

Aunque no podemos decirlo con toda certeza, posiblemente Moisés comenzó a pasar más tiempo con Dios. Quizá se sintió rechazado por los misteriosos métodos del Todopoderoso, pero le intrigaba la idea de que sin duda Dios tuviera un propósito para su nación, los hijos escogi-

dos de Abraham, Isaac y Jacob. Allí tuvo tiempo para recordar, reflexionar y orar.

Francis Schaeffer afirmó que ante los ojos de Dios no hay seres importantes ni insignificantes; sólo personas consagradas y no consagradas. Por esta razón nuestra profesión es tan importante para nosotros como lo es para Él. Moisés debía aprender que puede haber satisfacción aún en la oscuridad. Sí, incluso cuando se nos pide realizar un trabajo para el que no somos aptos, éste puede tener sentido si lo hacemos para Dios.

¡El tiempo pasa más rápido cuando servimos con la actitud correcta! Cuando Jacob fue a trabajar para Labán, consintió en servir siete años por Raquel. Dice la Biblia: *Así sirvió Jacob por Raquel siete años; y le parecieron como pocos días, porque la amaba* (Gn. 29:20). La velocidad con la que se mueve el tiempo depende del valor que se le dé a la persona con quien se invierte.

El desierto es el mejor lugar para aprender a ser un siervo. Sucede igual cuando se nos pide que realicemos tareas para las cuales estamos sobrecalificados. Moisés fue forzado a aprender que lo importante para Dios no es lo que se hace, sino el *porqué* se hace. Dios quiere nuestros corazones, no sólo nuestras manos.

Aunque Moisés aún se sentía lejos de Dios, su corazón se estaba abriendo a la posibilidad de conocer al Todopoderoso. Sin nada que ver al oriente, occidente, norte y sur, se encontró mirando hacia arriba. Quizá comenzaba a darse cuenta de que se hallaba más cerca de Dios, como siervo en el desierto, que como gobernante en el palacio.

Lección sobre cómo desarrollar la confianza

A Moisés le fue necesario aprender que Dios obra incluso cuando se halla en silencio, o cuando no podemos detectar sus movimientos. *Aconteció que después de muchos días murió el rey de Egipto, y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre (Ex. 2:23)*. Dios comenzó a obrar durante el transcurso de muchos días; ¡14.600 para ser precisos! Fueron necesarios 40 años, pero Dios empezó a responder a la oración de su pueblo. Leemos: *Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios (Ex. 1:24-25)*.

Tres verbos describen lo que Dios hacía mientras Moisés esperaba en el desierto. Él oyó el gemido de su pueblo. Después de todo no era sordo. Aunque no respondió inmediatamente al llanto de ellos, los estaba escuchando.

Dios también *recordó* su pacto. Aunque es posible que olvidemos nuestras promesas o incluso no cumplamos las que recordemos, Dios nunca descuida sus compromisos. Para Él, el tiempo no borra los detalles; todo está fresco en su memoria. Recuerda el tiempo de hace 1.000 años con la misma claridad con que recuerda el de ayer.

Una de las razones por las cuales podemos olvidar las injusticias que han cometido contra nosotros es porque Dios las recuerda; ¡siendo el juez no tiene sentido que nosotros también las recordemos! Moisés estaba aprendiendo que aunque el transcurso de la vida es lento y Dios está en silencio, Él organiza los acontecimientos según su calendario.

Dios también *vió* la necesidad de su pueblo. Sintió su dolor. Sus caminos no le eran ocultos, aunque la liberación tomaría tiempo. Para ese entonces, Moisés tenía que aprender a confiar en Dios aunque pareciera indiferente a las necesidades de su pueblo.

Claro está que es fácil confiar en Dios cuando la zarza arde, las aguas se separan y las montañas tiemblan; lo desalentador son esos años de silencio. Pero, *dichoso aquel que no interpreta el silencio de Dios como indiferencia.*

Sí, es cierto, es muy fácil hablar de fe cuando uno tiene salud, y el jefe acaba de ascenderlo. Cuando uno se siente feliz en el trabajo y los hijos siguen en el camino del Señor, la confianza viene con facilidad. La confianza significa más para Dios cuando uno ha sido malinterpretado, se encuentra en un trabajo que no es acorde con sus capacidades o la educación, recibe cuentas por servicios médicos, o tiene un cónyuge difícil. *Es en el desierto y no en el palacio donde Dios encuentra la profundidad de nuestro sometimiento.* Nuestra fe es preciosa a sus ojos cuando Él permanece en silencio, y no cuando habla.

Moisés estaba aprendiendo, entonces, que podemos acercarnos a Dios aunque Él esté en silencio. La fe le abre la puerta a su presencia.

Lección sobre la obediencia

Como lo veremos en el siguiente capítulo, Dios se le apareció a Moisés en la zarza ardiente, con la invitación a que fuera de nuevo un líder, un hombre poderoso en Egipto. Había llegado el momento de salir del período de disciplina y de volver al campo de juego. Pero Moisés se negó, diciendo: *...¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?* (Ex. 3:11).

Moisés era un hombre diferente. Cuarenta años antes pensaba que podía realizar exitosamente el éxodo por sus propias fuerzas, pero ahora había aprendido una lección muy importante. Esperaríamos que le dijera a Dios: "¿Dónde has estado? ¡No he hecho más que esperar el momento de regresar a Egipto!" Pero hizo la pregunta que haría cualquiera que ha sido quebrantado por Dios: *...¿Quién*

soy yo para que vaya a Faraón y saque de Egipto a los hijos de Israel?

Sin embargo, también aprenderemos en el siguiente capítulo que la pregunta de Moisés no estaba motivada por la humildad; más bien por una terca negativa a decir sí al llamado divino. Aún no olvidaba lo sucedido 40 años atrás en Egipto. Todavía estaba herido, y además, ahora tenía esposa y familia. Regresar a Egipto en esta etapa de su vida no era sencillo.

La experiencia del desierto convenció a Moisés de que no podía ser por sí mismo el líder de su pueblo, pero esto no lo llevó al punto de la completa rendición. ¡Es posible que Moisés hasta prefiriera en ese preciso momento que su pueblo se pudriera en Egipto! Cuando uno se encuentra en período de disciplina es fácil resentirse, y determinar nunca volver al campo de juego. Moisés no quería volver a ser herido, por eso dijo: *...He aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz; porque dirán: No te ha aparecido Jehová* (Ex. 4:1). ¿Cómo respondió Dios a esta negativa? Él le preguntó: *...¿Qué es eso que tienes en tu mano? Y Moisés respondió: Una vara* (Ex. 4:2). Luego Dios le dio poder para hacer milagros con ella. Cuando la arrojó a la tierra se convirtió en serpiente; pero cuando extendió su mano y la tomó por la cola se convirtió otra vez en vara. Y cuando metió su mano en el pecho y la sacó estaba leprosa, blanca como la nieve, pero cuando volvió a colocarla en su pecho se sanó.

¿En dónde consiguió Moisés esta vara, esta caña con la que haría milagros? La consiguió cuando estaba cumpliendo su condena, estando en período de disciplina. Después la extendería sobre el mar y las aguas se apartarían. Ese fuerte pedazo de madera, de metro y medio de largo, le recordaría constantemente que Dios estaría con él durante todo el camino. De ahí en adelante Moisés llevó esa vara consigo, y fue usada por Dios para derrotar a los egipcios. La vara de Moisés se convirtió en la vara de Dios.

A.W. Tozer dijo que los mejores líderes no son quienes quieren hacer el trabajo, sino aquellos que son reclutados por Dios para desarrollar el liderazgo. Si Moisés anhelaba la grandeza, ésta fue enterrada en el desierto. Estando ya en la presencia del Señor luchaba inseguro de sus propios dones y habilidades. Sin embargo, a pesar de sus dudas y sus negativas, por fin era apto para el liderazgo. Para Dios es más fácil usar a un hombre indeciso y lleno de dudas, que a uno impaciente que rebosa por la independencia, y es caprichoso.

Moisés aprendió, como todos debemos hacerlo, que nos acercamos más a Dios sólo porque Él toma la iniciativa de acercarse a nosotros. *Bienaventurado el que tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios; seremos saciados del bien de tu casa, de tu santo templo* (Sal. 65:4). A medida que el trabajo se dificultaba, Moisés tendría que acercarse más a Dios, a quien finalmente conocería como ningún otro hombre.

Usted y su desierto

Hoy Dios nos pregunta a usted y a mí: “¿Qué tienes en tu mano? ¿Qué has aprendido estando fuera del campo de juego? ¿Paciencia? ¿Fe? ¿La capacidad de amar a quienes son difíciles de amar? ¿Has aprendido a contentarte aun en la oscuridad? ¿A confiar en Dios en la adversidad? ¿La vergüenza te ha llenado de amargura, o te ha quebrantado?” David, quien pasó gran parte del tiempo recuperándose del fracaso, afirmó: *Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios* (Sal. 51:17).

Todos debemos morir a lo que es agradable y atractivo; al camino fácil para que tengamos el valor de escoger el camino peligroso. F.B. Meyer escribió que debemos:

Morir para dar fruto; ser mutilados para entrar a la vida; dejar a nuestro Isaac en el altar para llegar a ser el líder de los fieles; apartarnos del huerto iluminado

por el sol, para escoger el camino más oscuro y pedregoso; renunciar sin reproche a lo que otros sostienen por causa de un alto propósito que ha forzado su camino dentro del alma; escoger Getsemaní, el Calvario y la tumba en comunión con el Hombre de las penas; estar dispuesto a renunciar a los amigos, la riqueza, la reputación y el éxito, y encontrarnos cual marinero náufrago en alguna playa solitaria, porque hemos descubierto alguna visión que nos atrae (Moisés, Grand Rapids: Zondervan, 23).

Cuando un pastor cayó en el pecado de inmoralidad, y se supo, su reputación quedó arruinada y aparentemente su carrera acabada. Encontró trabajo en una bodega, una ocupación para la cual estaba, por no decir más, sobrecalificado. Apenas unos pocos amigos cristianos lo acompañaron durante la experiencia. Nadie se arriesgaba a recomendarlo en otra iglesia, aunque él se había arrepentido. Talentoso, educado, y calificado para el ministerio, ahora era un donnadie, rechazado y desconocido. Pudo haberse resentido; sin embargo, comenzó a servir a Dios desde donde se encontraba, y empezó a asistir a una iglesia, primero como visitante, luego como miembro, y después de un tiempo como maestro de escuela dominical. Era fiel en lo que hacía y pasaba mucho tiempo en silencio ante Dios.

Pasó un año, luego otro. Dios comenzó a darle mayor habilidad, y más oportunidades. "A Dios le encanta disciplinar a su pueblo", decía. "La rama que siente el filo de la podadera, con el tiempo da fruto". Hoy en día este hombre ya no está en disciplina, y tiene un ministerio efectivo.

Por supuesto que no todas las historias tienen un final tan feliz. Pero si asimilamos la lección que debemos aprender en el desierto, nos daremos cuenta de que más allá de una disciplina, Dios nos está capacitando para un ministerio más efectivo y menos egoísta. Hay un toque nuevo de Dios de una manera más profunda en el desierto.

Tres años después de haber recibido la carta del hombre que se quejaba por tener que pasar el resto de su vida en período de disciplina, me envió otra muy estimulante:

Escribo para testificar de la maravillosa gracia de Dios. He aprendido muchas lecciones durante mi desierto, mi tiempo de disciplina, porque Dios ha usado mi dolor para atraerme con amor y misericordia.

Justo cuando pensaba que no tenía esperanza, Dios sacó a la luz el pecado y el egoísmo de mi triste condición ante Él. Eliminó mis pretensiones y reveló mi incredulidad. Sencillamente aprendí que Dios no puede ser una de mis opciones, sino que debo arriesgar mi vida, mi alma y mi cordura a Él y sólo a Él. Debo creer que Él es exactamente quien dice ser en su Palabra. Cuando me encontraba más destruido me dio la fortaleza para renunciar a todo y seguir a Cristo.

Antes vivía enfocado siempre en mí: Mi felicidad, mis circunstancias y mis emociones. Ahora vivo enfocado en Dios. Como consecuencia de actuar así ante Él, su gozo está vivo en mí. Aunque las circunstancias difíciles continúan hiriéndome, puedo echar mi ansiedad sobre Él, y Él me da sus preciosas y grandísimas promesas (2 P. 1:4).

Me conmueve saber que estos fueron los consejos que escuché durante años, *pero ponerlos en práctica* es lo que hace la diferencia.

Durante mi tiempo en el desierto las sectas y los falsos hermanos ofrecían un camino que parecía correcto, pero que arrojaba duda sobre la Palabra de Dios. Sin embargo, hallé victoria someténdome completamente a Dios. Gracias a Él ya salí del período de disciplina, y estoy de nuevo en el campo de juego.

Moisés debió aprender que Dios se deleita en formar siervos, no faraones, y que puede hacer su mejor obra en

la oscuridad, no a la vista de todos. Dios quiere que nos acerquemos más a Él. Eso debe tener mayor importancia que la satisfacción de nuestros más profundos deseos. Él nos dejará en el desierto hasta que escuchemos su voz y lo busquemos con firmeza de propósito.

No permita que Satanás lo convenza de la aparente inutilidad de sus fracasos. Dios está con usted en el período de disciplina para enseñarle a servir, confiar y obedecer. Es posible que con el transcurso del tiempo usted vuelva al campo de juego.

Moisés no sabía que estaba siendo entrenado. Aprendió que acercarse más a Dios puede ser de mayor importancia que llegar a ser el jugador estrella del equipo. Estar fuera del campo de juego no es una pérdida de tiempo, si se obtiene la tutoría personal del Entrenador.

Pero había mucho más para aprender.

